

4. GEORGES BERNARD SHAW



—Hablemos de su obra, mister Shaw.

—Ponga usted algo así como genial escritor, gloria de Inglaterra y espuela de su Imperio.

—Pondré también de la Humanidad.

—¿Se refiere usted a Rusia? Me parece que aquel hombrecillo con cara de Lenín llegó a conocerme. No entendía las bromas. Tenía una mujer horrible, y creo que estaba enamorado de ella. Siempre amamos cosas horribles. Por eso suele entusiasmarnos el arte abstracto, el Derecho Romano y las declaraciones del Pandit Nehru. Lenín, mientras acariciaba a su horrible mujer dejaba morir violentamente a las mujeres más bellas de su país.

—Pero, ¿usted es socialista?

—Sí. No creo en más individuo que en Bernard Shaw, por eso creo que debo ser socialista ante el resto.

—Si usted me permite, quisiera decirle algo que estoy pensando.

—Por favor, le voy a regalar un consejo, lo que le demostrará que no soy tan avaro como dicen.



—*Se lo agradezco de veras.*

—El agradecimiento me horroriza, siempre exige más. Pero, a pesar de todo, le voy a dar el consejo. No piense nada antes de decirlo, siempre se piensa luego. Pero dígallo.

—*¿Su mujer, mister Shaw, tampoco es muy bella?*

—¡Era eso! Lo sé. Pero es que yo no amo a mi mujer. Estoy enamorado de Beatriz Stella Campbell, la actriz que estrenó «Pigmalión».

—*Pero usted no se casó con ella.*

—No, amigo mío. Yo pienso que el matrimonio no tiene nada que ver con el amor. El matrimonio es una cosa, y el amor otra cosa muy distinta. Es difícil, casi imposible, llegar a casarse con todas las mujeres de que uno haya podido enamorarse. Enrique VIII de Inglaterra es la demostración de ese absurdo que usted me propone.

—*¿Cree usted en lo que dice?*

—Lo suficiente nada más. ¿Por qué hemos de creer en lo que decimos los escritores, cuando los políticos, los comerciantes, las amas de casa, los guardias no creen en lo que dicen?

—*Yo creo en sus prólogos, quizá sean lo mejor de su obra.*

—Se equivoca otra vez. Lo mejor de toda mi obra son las cartas a los periódicos ingleses. Pero, sobre todo, mis anécdotas apócrifas, que yo mismo he inventado.

—*¿Qué piensa de Bernard Shaw?*

—Se trata simplemente, del mejor y más noble escritor del mundo. Una cabeza genial, regida por un corazón generoso y vegetariano.

—*Es una bonita definición.*

—No, no lo es. Entre otras cosas porque no es una definición. Un escritor inteligente no tiene por qué hacer definiciones.

—*¿Es usted un escritor inteligente?*

—¡Aun no se ha dado cuenta? Soy enemigo de los apasionamientos. Además, dudo de que haya un escritor más decisivo que Georges Bernard Shaw.

—*¿Qué le hubiera gustado ser, de no ser escritor?*

—No sé. Creo que me hubiera gustado ser guapo. Pues bien, cuando se



me ocurrió esta idea tan noble, me dejé crecer la barba. Me gusta ser una expectativa, una posibilidad. ¿Se da cuenta?

—Sí. *¿Qué piensa usted de la juventud?*

—La juventud no es, precisamente, una edad, sino un estado de ánimo. Está usted hablando con el escritor más joven del mundo, casi un adolescente.

—*De eso, estoy seguro.*

—Tengo un gran respeto por la juventud, y por su sabiduría. Hay viejos que no han tenido ninguna experiencia, que viven de oídas, y que tratan de apabullar a los jóvenes contándoles su descreimientos. Y, sin embargo, quien tiene de veras experiencias se rige por una avidez constante. Yo soy un hombre joven, con una juventud cargada de años. El viejo es siempre un fracasado, y sustituye cautelosamente la experiencia por la intuición o por la sospecha.

